



### XIII

**P**EDRO quedóse sorprendido, cuando, al despertarse, oyó dar las once. Con el cansancio del baile, del que se había retirado tan tarde, se quedó dormido con un sueño de niño, de una deliciosa tranquilidad, como si al dormir hubiese experimentado la dicha. Y en cuanto abrió los ojos, el sol radiante que penetraba por las ventanas, le bañó de esperanza. Su primer pensamiento, fué el de que aquella misma noche, á las nueve, vería al fin al papa. Faltaban aun diez horas; ¿qué iba á hacer durante ese día bendito, cuyo cielo puro y espléndido le pareció un presagio venturoso?

Se levantó, abrió las ventanas, dejó que penetrase el aire tibio que le pareció tenía gusto de frutas y de flores, ese gusto en que se había fijado desde el día de su llegada, y del que más tarde, aunque en vano, intentó analizar la naturaleza, un gusto á rosa y á naranja. ¿Era posible que esto sucediese en Diciembre?

¡Qué país más adorable para que Abril pareciese florecer en el dintel mismo del invierno! Después, cuando acabó de vestirse, se echó de bruces en la ventana para contemplar más allá del Tiber, de color de oro, las pendientes del Janículo verdes en todas las épocas del año; vió á Benedetta sentada al pie de la fuente en el jardincito abandonado del palacio. Y bajó porque no se podía estar quieto en ningún lado, y cediendo á una necesidad de vida, de alegría y de belleza.

De pronto lanzó Benedetta el grito que esperaba oír en sus labios y la vió radiante, resplandeciente, con las manos tendidas.

—¡Ah! ¡Qué dichosa! ¡Qué feliz soy, señor abate!

Con mucha frecuencia habían pasado las mañanas juntos en aquel rincón de calma y olvido, pero ¡qué mañanas más tristes cuando ni el uno ni la otra podían abrigar ninguna esperanza! Pero entonces el abandono de los paseos invadidos por las hierbas que crecían en desorden, los bojés que habían brotado en el antiguo pilón lleno de arena, los naranjos simétricos, que eran los únicos que señalaban el límite de los antiguos paseos, les parecían á ambos tenía todo ello un encanto infinito, una intimidad soñadora y tierna, en la que se podía muy bien reposar la alegría. Y el sitio más agradable era al pie del gran laurel y en el rincón, en el que se encontraba la fuente. El hilillo salía sin interrupción de la boca enorme del trágico mascarón y caía con un ruido de flauta. Del gran sarcófago de mármol, cuyos bajos relieves representaban una desenfrenada frenética bacanal, en la que los faunos se llevan á las mujeres ó las derriban á empellones y con voraces besos. Y allí estaban fuera de los tiempos y de los lugares, en el fondo de un pasado corrido ya, tan lejano

que desaparecían los alrededores lo mismo que las nuevas construcciones de los muelles, el barrio despanzurado, empolvado aún con el polvillo de los escombros. Roma misma trastornada, con los dolores de un mundo nuevo.

—¡Ah!—repitió Benedetta.—¡Qué dichosa soy! ¡Me ahogaba en mi habitación y tuve que bajar aquí porque mi corazón estaba muy necesitado de espacio, de aire y de sol para palpar á sus anchas!

Habíase sentado al pie del sarcófago, en un fragmento de columna tumbada que servía como de banco, y quiso que el presbítero se colocase á su lado. No la había visto nunca tan hermosa, con sus negros cabellos rodeando su faz pura, toda ella sonrosada y delicada como una flor al sol. Sus ojos inmensos y sin fondo, eran en la luz, braseros en que rodaba el oro, mientras que su boca de niña, su boca de candor y de razón prudente, tenía una risa de criatura buena, libre al cabo para amar á su antojo y sin ofender á Dios ni á los hombres. Hacía proyectos para el porvenir y soñaba en alta voz.

—¡Ah! Ahora todo es muy sencillo y puesto que ya obtuve la separación de cuerpos, me costará muy poco trabajo, conseguir el divorcio civil, en cuanto la Iglesia haya anulado mi casamiento. Y me casaré con Darío, ¡sí!, hácia la primavera próxima, tal vez antes si conseguimos que abrevien las formalidades. Esta tarde á las seis, marcha á Nápoles, á donde tiene que ir á arreglar un asunto de interés, á vender una propiedad que nos quedaba aún allí, y de la que necesitamos deshacernos, porque todo nos costó muy caro. Pero, ¡que importa todo eso ahora, ya que vamos á ser el uno del otro! Dentro de algunos días, en cuanto vuelva, ¡qué horas más buenas vamos á pasar! ¡Cómo vamos á reirnos y que alegremente

se deslizará el tiempo! No he dormido apenas después de salir de ese baile que fué tan hermoso, ¡Hice tantos proyectos! ¡Ah! ¡Proyectos magníficos! Ya veréis, ya lo veréis porque quiero ahora que no os vayáis de Roma hasta que se celebre nuestro casamiento.

Echóse Pedro á reir con ella, arrastrado por aquella explosión de juventud y de dicha, hasta el extremo de que tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no decir también cuan grande era su dicha, y la esperanza que le infundía su próxima entrevista con el papa; pero había jurado no hablar á nadie.

En medio del silencio estremecedor del jardincito soleado, oíase á intervalos el grito penetrante de un pájaro. Y Benedetta, bromeando, levantó la cabeza y contempló una jaula colgada en una ventana del primer piso.

—¡Sí, sí, Tata, grita mucho porque estoy muy contenta! Es preciso que todos estén alegres en la casa.

Volvióse después hácia Pedro con su aire loco de colegiala en vacaciones.

—¿No conocéis á Tata? ¡Cómo! ¿No conocéis á Tata? ¡Pues es la cotorra de mi tío el cardenal! Se la regalé durante la primavera pasada, y la adora permitiéndola que le robe algunas cosillas de su propio plato. Es él quien la cuida, saca la jaula al sol y la guarda por la tarde, por temor á que la cotorra coja un constipado, dejándola después en el comedor, que es la habitación más caliente de que puede disponer.

Levantó también Pedro la cabeza y contempló la cotorra, una de esas preciosas cotorras de un verde ceniciento tan sedosas y esbeltas. Se colgaba con el pico en los barrotes de la jaula, y se columpiaba abriendo y

cerrando las alas con la alegría que la producía el sol.

—¿Habla?—preguntó.

—¡Ah! ¡No hace más que gritar!—respondió Benedetta echándose á reír.—Mi tío dice que entiende todo lo que dice y que habla muy bien con ella.

Bruscamente cambió de conversación y como si una oscura coordinación de ideas la hiciese acordarse de su otro tío, del de alianza, que tenía en París, añadió:

—Debéis haber recibido una carta del vizconde de la Choue... Anteayer me escribió manifestándome un pesar muy grande, porque aun no habíais sido recibido por su santidad. ¡Había contado con vos y con vuestra victoria, para el triunfo de sus ideas!

En efecto; Pedro recibía con mucha frecuencia cartas del vizconde, en el que éste revelaba su desesperación al ver la importancia que adquiriría de día en día, su adversario el barón de Fouras, á consecuencia del gran éxito de la última campaña en Roma, con motivo de la peregrinación internacional del dinero de San Pedro. Era aquello el despertar del antiguo partido católico intransigente, con la amenaza á todas las conquistas liberales del neocatolicismo, si no se conseguía del Santo Padre una adhesión formal á las famosas corporaciones obligatorias para combatir en la brecha á las corporaciones libres exigidas por los conservadores. Y abrumaba á Pedro, enviándole complicados planes y dominándole la impaciencia al ver que no le recibían en el Vaticano.

—Sí, sí,—murmuró,—recibí una carta suya el domingo, y ayer tarde, al volver de Frascati, encontré aquí otra... ¡Ah! ¡Qué contento y qué satisfecho me pondría si pudiese darle una buena noticia!

De nuevo se desbordó su alegría al acordarse de

que aquella noche iba á ver al papa, ante el que abriría su corazón abrasado de amor para recibir el aliento supremo, para proseguir su misión de salvación social, en nombre de los pequeños y de los pobres. No se pudo contener más y soltó su secreto que le hinchaba el corazón.

—Al fin y al cabo,—dijo,—mi audiencia es para esta noche.

Benedetta no le comprendió al principio.

—¿Cómo! ¿Qué queréis decir?

—Sí; monseñor Nani ha tenido la bondad de decirme, hoy de madrugada, en el baile, que el Santo Padre, al que había entregado mi libro, deseaba verme... Y esta noche á las nueve me recibirá.

Púsose Benedetta muy encarnada, de tal modo hacia suya la alegría de Pedro, al que había ido apreciando más y más cada día, hasta el extremo de profesarle una ardiente amistad. Y ese éxito obtenido por un amigo el día en que era tan feliz, tenía para ella una importancia extraordinaria, como si fuese la certidumbre de completa fortuna, y exhaló un grito de supersticiosa, exaltada y embelesada.

—¡Ah! ¡Dios mío, esto nos va á traer suerte! ¡Ah! ¡Qué dichosa soy, amigo mío, al ver que vuestra felicidad llega al mismo tiempo que la mía! Esto es para mí una dicha, pero una dicha que no podéis imaginaros... Y ahora es seguro que todo marchará bien, porque una casa en la que hay alguien que ha visto al papa, está bendita y el rayo no la hiere.

Refíase más alto, palmoteaba y estaba tan estallante de alegría, que Pedro se inquietó.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Me han encargado mucho el silencio! Os lo suplico por favor, ni una palabra á na-

die... ni á vuestra tía, ni aun á su eminencia... porque monseñor Nani experimentaría una gran contrariedad.

Prometióle entonces Benedetta callarse, y se enterneció hablando de monseñor Nani como de un bienhechor, porque ¿no era á él á quien debía el que al fin se hiciese anular su casamiento? Después, animada por una loca alegría, añadió:

—Decidme, amigo mío, ¿no es verdad que sólo la dicha es buena? No me pidáis lágrimas hoy ni aun para los pobres que sufren, que tienen hambre... que tienen sed... ¡Ah! ¡Es que en realidad no hay más que la dicha de vivir! Esto lo cura todo. ¡No se sufre, no se tiene sed, hambre ni frío cuando se es feliz!

Quedóse Pedro asombrado y contemplándola, sintiendo grande la sorpresa que le causó aquella extraña solución dada á la temible cuestión de la miseria. Repentinamente comprendió que toda su tentativa de apostolado era en vano, tratándose de aquella hija de un país de hermoso y espléndido cielo, y que tenía en sí el atavismo de tantos siglos de soberana aristocracia. Había querido catequizarla, conquistarla para el amor cristiano de los humildes y de los miserables; para la nueva Italia que soñaba, despertada para los nuevos tiempos, llena de compasión para las cosas y los seres. Y si ella se enterneció un día al oírle contar los sufrimientos del pueblo, fué en las horas en que sufría, en que su corazón manaba sangre con las más crueles heridas, y he ahí que, desde que estaba curada, celebraba la universal felicidad, como nacida en el país de los estíos abrasadores y de los inviernos benignos como primaveras!

—Pero no todo el mundo es dichoso,—observó.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!—exclamó Benedetta.—Es que no

los conocéis á los pobres... Qué den á una muchacha de nuestro Transtibere el hombre que ama y se considerará tan dichosa como una reina, y por la noche comerá satisfecha su pan seco, pareciéndola que tiene el gusto azucarado más delicioso. Las madres que salvan á un hijo de una enfermedad, los hombres que salen vencedores en una batalla, ó que ven salir premiados sus números en la lotería... todos, en fin, no piden más que suerte y placer... Vamos, que en vano queréis ser justo y tratar de repartir mejor la fortuna, pues nunca habrá más satisfechos que aquellos cuyo corazón cantará con mucha frecuencia, sin saber por qué, cuando haga un día de hermoso sol como hoy!

Hizo Pedro un gesto como de abandono, no queriéndola entristecer, poniéndose á defender en su presencia la causa de tantos pobres seres que en aquellos momentos mismos agonizaban lejos, en algún rincón, sucumbiendo al dolor físico y al dolor natural; pero, bruscamente, por el aire, tan luminoso y puro, pasó una gran sombra, y experimentó la tristeza infinita de la alegría, la desesperación sin límites del sol, como si alguno, al que no veían, hubiese dejado caer aquella sombra. ¿Era el aroma en exceso fuerte del laurel, el perfume acre de los naranjos y de los bojales que le producían aquel vértigo? ¿Era acaso el estremecimiento de sensual tibieza con que sus venas empezaban á latir entre las ruinas de aquel rincón de antiguas pasiones? ¿O no sería, tal vez, aquel sarcófago con su desenfrenada bacanal el que despertaba la idea de la muerte próxima, en el fondo mismo de las oscuras voluptuosidades del amor bajo el beso no saciado de los amantes? Durante un momento, figurósele que la clara canción de la fuente era un prolongado sollozo y creyó

que todo se anonadaba en aquella sombra formidable venida de lo invisible.

Benedetta habíale asido las dos manos y le despertaba, haciéndole sentir el encanto de estar allí y á su lado.

—¿No es verdad que la discípula es muy indócil? ¿No es cierto que tiene muy dura la mollera? ¡Y qué queréis! Hay ideas que no pueden entrar en nuestra cabeza. No, no es posible que hagáis comprender nunca esas cosas á una hija de Roma... Estimadnos, pero contentaos con querernos tal cual somos: hermosas con toda la fuerza y tanto como podemos serlo.

Y estaba tan hermosa en aquel instante, tan bella en el resplandecimiento de su belleza, que Pedro tembló como en presencia de un dios, ante el poderío que gobernaba el mundo.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!—balbuceó,—la belleza soberana aún, siempre soberana... ¡Ah! ¡Por qué no había de bastar para saciar el hambre eterna de los pobres hombres!

—¡Bah! ¡Bah!—exclamó alegremente Benedetta.— ¡Es tan bueno vivir! Subamos á comer que mi tía debe estar esperando.

La comida era á la una, y las raras veces que Pedro no comía fuera, sabía tenía puesto su cubierto en la mesa de aquellas señoras, en un comedorcito del segundo piso que tenía vistas á un patio de mortal tristeza. A la misma hora y en el primer piso, en la sala soleada, desde cuyas ventanas se dominaba el Tiber, comía también el cardenal, quien se consideraba muy dichoso al tener como convidado á su sobrino Dario, porque su secretario *don* Vigilio, su otro comensal ordinario, no despegaba nunca los labios más que cuando le hacían alguna pregunta. Los dos servicios eran

completamente distintos, no teniendo ni la misma cocina ni el mismo personal, y de común no había entre ellos más que una habitación del cuarto bajo que servía de oficio.

Por más que la sala del segundo era tristona iluminada por la media claridad verdosa del patio, el almuerzo de las dos señoras y del presbítero fué muy alegre. *Donna* Serafina, de ordinario tan rígida, parecía haberse suavizado á impulsos de una gran felicidad interior. No había, á la cuenta, apurado aún las delicias de su triunfo de la víspera cuando asistiera al baile apoyada en el brazo de Morano, y fué ella precisamente la primera que habló del baile, pero con mucho elogio, por más que, según decía, la molestó bastante la presencia del rey y de la reina. Dió cuenta además de como, gracias á una táctica muy hábil, pudo evitar que la presentasen. Aparte de esto, confiaba en que su cariño á Celia, de la que era la madrina, bastaría para explicar su presencia en aquel salón neutro en el que se codearon todos los poderes. No obstante, debía conservar algún escrúpulo, porque manifestó que en cuanto acabasen de comer tenía que salir para ir al Vaticano á visitar al cardenal secretario, al que deseaba hablar de una hermandad de la que era la patrona y protectora. Debía parecerla que aquella visita de compensación al día siguiente del baile de los Buongiovanni, era indispensable. Nunca se había inflamado con tanto celo ni con más esperanza á propósito del próximo advenimiento de su hermano el cardenal al trono de San Pedro, y esto era para ella el triunfo supremo, una exaltación de su raza que el orgullo de su apellido creía necesaria é inevitable, y durante la última indisposición que sufriera el Papa reinante, había llevado las

cosas hasta el extremo de inquietarse por la canastilla, cuyas ropas quería mandar marcar con las armas del nuevo pontífice.

Benedetta no dejó ni un instante de bromear, riéndose de todo, hablando de Celia y de Attilio con la ternura apasionada de una mujer cuyas dichas amorosas gozan al contemplar las de una pareja amiga. En el momento en que servían los postres se quedó sorprendida, mirando al criado, al que dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso, Giacomo? ¿Y los higos?

El criado, con sus lentos ademanes tan semejantes á los de una persona dormida, la miró, sin comprender lo que le quería decir. Por fortuna, Victorina cruzaba en aquel momento la habitación.

—¿Y los higos, Victorina? ¿Cómo es que no nos los sirven?

—¿Qué higos, *contessina*?

—Pues los higos que he visto hoy por la mañana abajo, en el oficio, cuando por curiosidad pasé por allí para dirigirme al jardín. Unos higos soberbios que ví en un cestito... Es más, me chocó que pudiese haberlos aún estando tan avanzada la estación... A mí me gustan muchísimo, y me puse muy contenta, diciéndome que podría paladearlos á la hora de comer.

Victorina se echó á reír.

—¡Ah! ¡Ya lo sé! Lo sé, *contessina*. Son los higos que trajo ayer ese presbítero de Frascati, ese párroco de allá abajo que vino anoche en persona á traerlos para su eminencia. Estaba yo delante y por tres veces repitió que era un regalo que debía colocarse sobre la mesa de su eminencia sin tocar ni una sola hoja... Entonces se hizo como él lo indicó.

—¡Pues bien! ¡Es muy extraño!—exclamó Bene-

detta con cómica cólera.—Ahí tenéis unos golosos que van á regalarse sin acordarse de nosotros cuando me parece que, al menos, debían haber repartido.

Intervino *donna* Serafina, y encarándose con Victorina, la preguntó:

—¿Querréis hablar del cura que iba antaño á hacer nos visitas á la villa?

—Sí, sí, del mismo, del cura Santobono, del que es párroco de esa iglesia pequeña de Santa María de los Campos... Cuando viene, pregunta siempre por el abate Paparelli, del que, según creo, fué compañero en el Seminario. Y ayer fué precisamente quien nos lo presentó en el oficio con su cestito... ¡Dichoso cestito! Figuraos que, á pesar de tanto encargo, se nos olvidó ponerlo á la hora conveniente en la mesa de su eminencia, de manera que hoy nadie habría aprovechado los higos á no bajar corriendo el abate Paparelli á por ellos para subirlos él mismo con verdadera devoción y como si llevase el Santo Sacramento... ¡Es cierto que á su eminencia le gustan tanto!

—No será esta mañana cuando mi hermano los pruebe,—indicó la primera,—porque no se encuentra muy bien y pasó muy mala noche.

Al oír repetir varias veces el apellido de Paparelli, habíase puesto pensativa *donna* Serafina. El caudatario, con su faz abotagada y flácida, llena de arrugas, su estatura rechoncha y pequeña de solterona devota con falda negra, la era antipático, la desagradaba desde que se dió cuenta del extraordinario ascendiente que adquiriría sobre el cardenal con su humildad y anulamiento. No era ni más ni menos que un criado, en apariencia el más humilde, y sin embargo, gobernaba, y *donna* Serafina comprendía que combatía su influen-

cia, deshaciendo con mucha frecuencia lo que ella misma hacía ó proponía en favor de las ambiciones de su hermano. Lo peor era que en dos ocasiones había creído culpable por haber impulsado al cardenal á cometer actos que á ella se le figuró que eran verdaderas faltas. Tal vez se equivocó, porque de todos modos le hacía justicia y reconocía que poseía raros méritos y una piedad de todo punto ejemplar.

Benedetta, sin embargo, continuó riendo y bromeando, y cuando se marchó Victorina, llamó al criado, al que dijo:

—Escuchad, Giacomo, voy á daros un encargo...

No siguió adelante para decir á su tía y á Pedro:

—Os lo ruego: hagamos valer nuestros derechos...

Me parece que los estoy viendo en la mesa, casi debajo de nosotros, y como nosotros, habrán llegado á los postres... Así levanta las hojas, se sirve sonriendo los que le agradan y pasa luego la cestita á Darío que hace lo mismo, dándosela luego á *don* Vigilio... y los tres se comen los higos, saboreándolos con mucha compunción, ¿los véis? ¿No los estáis viendo?

Y Benedetta los veía y era su necesidad de estar al lado de Darío, su pensamiento que de continuo volaba hacia él, el que de ese modo lo evocaba en compañía de los otros dos. Su corazón estaba abajo, oía, escuchaba y sentía con todos los exquisitos sentidos de su amor.

—Bajaréis, Giacomo, y váis á decir á su eminencia que nos estamos muriendo de ganas de probar esos higos y que será muy amable si nos manda los que no quiera.

Intervino de nuevo *donna* Serafina, recobrando su acento severo, y diciendo:

—Váis á hacerme el favor, Giacomo, de no moveros.

Y volviéndose hácia su sobrina, añadió:

—Basta de niñerías. Me causan horror todas esas chiquilladas.

—¡Ah! ¡Soy tan feliz, querida tía, y hace tanto tiempo que no me he reído de esta manera ni de tan buena gana!...

Hasta entonces había limitado Pedro á escuchar, alegrándose sencillamente al verla contenta hasta ese extremo, y como observase que después de esto se producía un poco de frío, habló entonces y manifestó su propio asombro al haber visto la víspera, y en época tan avanzada de la estación, frutas en la famosa higuera de Frascati. Eso se debía, sin duda, á la posición del árbol y á que á éste le resguardaba la elevada tapia del huerto.

—¡Ah! ¿Habéis visto la famosa higuera?—preguntó Benedetta.

—Sí; y es más, he viajado con los higos que tanto empeño tenéis en comer.

—¡Cómo! ¿Viajado con los higos?

Primero pesáronle las palabras que se le habían escapado, pero después prefirió decirlo todo.

—Encontré allá abajo á un amigo que había ido en coche y que se empeñó que volviese con él. En el camino recogimos al cura Santobono que lo seguía animosamente á pie cargado con sucestito... Es más, hasta nos detuvimos un momento en una hostería.

Seguió hablando, dió cuenta del viaje y de las vivas impresiones experimentadas á través de la Campiña romana invadida por el crepúsculo. Pero Benedetta, enterada, informada y prevenida, mirábale con fijeza,

pues no ignoraba las visitas que Prada hacía á Frascati á sus terrenos y á sus construcciones.

—¡Un amigo!—murmuró.—El conde, ¿no es eso?

—Sí, señora,—respondió Pedro con mucha sencillez.—Le volví á ver más tarde, y estaba sumamente trastornado; es preciso tenerle lástima.

No se ofendieron las dos señoras; de tal manera pronunció el presbítero estas palabras caritativas, con una emoción profunda y natural, en medio del desbordamiento de amor que habría querido esparcir sobre los seres y sobre las cosas. *Donna* Serafina permaneció inmóvil, como si afectase no haber oído siquiera, mientras que Benedetta, con un gesto, parecía decir que, por su parte, no tenía que dar pruebas ni de lástima ni de rencor hácia un hombre que era completamente extraño para ella. No se rió más, sin embargo, y al fin, refiriéndose al cestito, paseado en el coche de Prada, acabó por decir:

—¡Ah! ¡Esos higos! ¡Bah! Ya no tengo ganas de comerlos... y después de todo prefiero no haberlos probado.

En cuanto tomaron café se levantó *donna* Serafina, diciendo que iba á ponerse su sombrero y á marcharse al Vaticano. Al quedarse solos Benedetta y Pedro entretuviéronse un momento de sobremesa, animados otra vez por su alegría y charlando como buenos amigos. El presbítero volvió á ocuparse de su audiencia de la noche y de su fiebre de impaciencia dichosa. No eran apenas las dos; tenía que esperar aún durante siete horas, ¿qué iba á hacer ó en qué emplear aquella tarde interminable? Entonces ocurriósele á Benedetta una buena idea.

—¿No sabéis qué hacer?—dijo.—Pues bien, puesto

que todos estamos tan contentos es preciso que no nos separemos... Darío puede disponer de su coche, y como nosotros, estará ahora acabando de almorzar. Voy á enviarle un recado diciéndole que venga á buscarnos para irnos juntos á dar un gran paseo á lo largo del Tiber, lejos, muy lejos.

Empezó á palmotear, embelesándola aquel proyecto; pero precisamente en aquel mismo momento se presentó *don* Vigilio, que parecía muy asustado.

—¿No está la princesa?—preguntó.

—No; mi tía ha salido, ¿qué es lo que os pasa?

—Que su eminencia me mandó subir... El príncipe acaba de ponerse malo al levantarse de la mesa... ¡Oh! ¡A la cuenta no será nada grave!...

Benedetta lanzó un grito más bien de sorpresa que de inquietud.

—¡Cómo! ¿Darío? Vamos á bajar todos; venid, señor abate. Es preciso que se ponga bueno enseguida para que nos pueda llevar á paseo en coche.

En la escalera se cruzaron con Victorina, á la que dió orden para que bajase también.

—Darío se ha puesto malo y puede que te necesite.

Entraron los cuatro en la sala, vasta, anticuada y amueblada con mucha sencillez, en la que el príncipe acababa de pasar encerrado un mes largo, sujeto allí por su herida del hombro. Para llegar hasta allí había que atravesar antes un saloncito, y después un cuarto tocador inmediato; un corredor unía todas estas habitaciones á las íntimas del cardenal, como el comedor, el dormitorio, el despacho, todas ellas relativamente pequeñas y que habían formado en una de las antiguas salas de antes por medio de tabiques. Había además la capilla, cuya puerta daba al pasillo, sencilla



y desnuda habitación, en la que se veía un altar de madera pintada, sin una alfombra ni un asiento, y nada más que el pavimento duro y frío para arrodillarse y rezar.

Al entrar, acercóse Benedetta al lecho en el que Darío habíase tendido sin desnudarse. A su lado hallábase en pie el cardenal Boccanera, mirándole paternalmente, y en medio de la inquietud que comenzaba á dominarle, conservaba erguida su elevada y orgullosa talla, su serenidad de alma soberana y sin ningún reproche.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Darío mío?

El príncipe se sonrió, queriendo tranquilizarla; no estaba más que muy pálido y tenía aire de embriaguez.

—¡Oh! ¡No ha sido nada! Un vahído... Figúrate, como si hubiese bebido un poco más... De pronto lo ví todo turbio y me pareció que iba á caerme... entonces no tuve tiempo más que para venir á echarme en la cama.

Respiró con fuerza, como hombre que necesita tomar aliento. A su vez, el cardenal dió algunos detalles.

—Estábamos acabando tranquilamente de almorzar y daba yo mis órdenes á don Vigilio para por la tarde, al mismo tiempo me disponía á levantarme de la mesa cuando ví á Darío ponerse en pie tambaleándose... No quiso volver á sentarse y se vino aquí con paso vacilante de somnábulo, abriendo las puertas con manotemblosa... Y vinimos tras él sin comprender nada... Confieso que me devano los sesos queriendo comprender y que no acierto aún á explicármelo.

Con el gesto reveló su sorpresa y señaló la habitación en la que parecía de pronto haber soplado un viento de catástrofe. Todas las puertas habíanse que-

dado abiertas de par en par y se veía en hilera el tocador, después el corredor, al extremo del que se divisaba el comedor con un desorden de cuarto abandonado apresuradamente, con la mesa puesta aún, las servilletas tiradas á los lados y las sillas medio arrojadas á la mesa. Sin embargo, aun no empezaban á asustarse.

En alta voz hizo Benedetta una observación muy común en casos semejantes.

—¡Con tal que no haya comido nada que le haya hecho daño!

Con un nuevo gesto y sonriendo manifestó el cardenal cuan grande era la acostumbrada sobriedad de su mesa.

—¡Ah! No se comieron más que huevos, chuletas de cordero, un plato de ensalada de acederas y esto no es para cargar el estómago á nadie. En cuanto á mí, no bebo más que agua pura, y Darío toma un par de dedos de vino blanco... No, no creo que el alimento que tomó tenga nada que ver con eso.

—Y además, si fuese eso, su eminencia y yo estaríamos también indispuestos,—se permitió observar don Vigilio.

Darío, que hacía un momento había cerrado los ojos, los volvió á abrir, y respirando con fuerza, hizo esfuerzos para reír.

—¡Vamos! ¡Vamos! Esto no será nada, pues me encuentro mucho mejor. Es preciso que me mueva.

—Entonces, escucha lo que habíamos pensado... vas á llevarnos á paseo en coche al señor abate y á mí y nos llevarás á la Campiña, muy lejos.

—¡Con mil amores! Me gusta mucho tu idea... Victorina, ayudadme.

Se había incorporado en la cama, ayudándose tra-

bajosamente con el brazo, y antes de que se pudiese acercar la criada tuvo una ligera convulsión y cayó otra vez como presa de un síncope. Fué el cardenal, que no se había movido de la cabecera del lecho, el que le recibió en sus brazos, mientras que la *contessina*, aquella vez, empezaba á perder la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Que le vuelve á dar! Pronto... pronto... el médico.

—¿Queréis que vaya á buscarle?—preguntó Pedro, al que la escena empezaba á trastornar.

—¡No! ¡No! Vos, no; quedaos á mi lado, no os mováis... Victorina sabe las señas... El doctor Giordano, ya sabes, Victorina.

La criada se marchó; en la habitación reinó desde entonces un silencio profundo, y el estremecimiento de ansiedad fué en aumento de minuto en minuto. Benedetta, muy pálida, colocóse otra vez al lado del lecho, mientras que el cardenal, que no había soltado á Darío y seguía sosteniéndole en sus brazos, con la cabeza apoyada en el hombro, le miraba. Una sospecha horrorosa cruzó por su mente en aquel instante, pero vaga é indeterminada aún; veía aquella faz gris, terrorosa, la máscara de la angustia aterrada que observára en el más querido de sus amigos del corazón, en monseñor Gallo, cuando le sostuvo de igual manera sobre su pecho dos horas antes de morir. Era el mismo síncope, la misma sensación de que no estrechaba más que el cuerpo frío de un sér amado, cuyo corazón se detenía; era sobretodo el pensamiento creciente del veneno, venido de la sombra, hiriendo en ésta y á su alrededor como el rayo. Durante largo rato permaneció inclinado de este modo sobre el rostro de su sobrino, último de su raza, buscando, estudiando, encontrando los in-

dicios de un mal misterioso é implacable que se había llevado ya la mitad de su propio sér.

Benedetta en voz baja le suplicó:

—Os vais á cansar, tío... Os lo ruego... dejadme á mi que le sostenga un poco. No tengais miedo, le sostendré con mucho cuidado y cuando comprenda que soy yo tal vez se despertará.

Levantó Boccanera la cabeza, la miró un momento y la cedió su sitio no sin haberla antes estrechado y besado con arranque llenándosele los ojos de lágrimas al hacerlo; revelándose así toda una brusca emoción, en la que la adoración que tenía por ella fundía la rígida frialdad que de costumbre afectaba.

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo!—balbuceó con un temblor de encina descuajada.

Enseguida se dominó, se reaccionó recobrando el imperio sobre sí mismo. Y mientras que Pedro y *don* Vigilio, inmóviles y mudos y esperando á poder ser útiles para algo, desesperándose el no servir para nada en aquéllos momentos, el cardenal empezó á pasear lentamente por la habitación. Sin duda ésta le pareció pequeña para los pensamientos que le asediaban y al principio salió llegando hasta el cuarto tocador y luego enfiló el pasillo para ir hasta el comedor. Y de este modo iba siempre y volvía con la cabeza inclinada, serio, impasible, sumido en las mismas sombrías cavilaciones. ¿Qué mundo de reflexiones se agitaba en el cráneo de aquél creyente, de aquél príncipe altanero que se había entregado á Dios y que no podía nada contra el Destino inevitable? De vez en cuando acercábase al lecho para cerciorarse de los progresos de la enfermedad, examinando en el rostro de Darío el estado en que se hallaba

la crisis y enseguida reanudaba sus paseos con el mismo paso regular, desapareciendo y apareciendo como arrasado por la monotonía de las fuerzas que el hombre no puede detener. Tal vez se equivocaba, quizás no se trataba más que de una ligera indisposición de la que el médico se reiría. Era necesario esperar y confiar. Y se marchaba y volvía; y nada, en medio de aquel silencio pesado, podía sonar más ansiosamente que los pasos acompasados de aquel viejo de elevada estatura que esperaba al Destino.

Abrióse la puerta y Victorina entró jadeante en la habitación.

—He encontrado al médico,—dijo,—y aquí está.

Presentóse el doctor Giordano con su aire sonriente, su cabecita sonrosada con bucles blancos, con su persona discretamente paternal, todo lo que le daba un aspecto de amable prelado. Pero en cuanto olfateó la habitación, vió los rostros desolados de los que le estaban esperando, se puso mucho más grave y tomó la actitud reservada, el absoluto respeto del secreto eclesiástico que le había comunicado su clientela de la Iglesia. Y no dejó escapar más que muy pocas palabras, apenas murmuradas, cuando dirigió una mirada al enfermo.

—¡Como! ¿Otra vez empieza esto?

Hacía sin duda alusión á la puñalada que había curado poco tiempo antes; ¿quién era él que de ese modo se encarnizaba con aquel pobre príncipe tan inofensivo y poco molesto? Nadie podía comprenderlo si no era Benedetta; pero ésta se hallaba en un estado tal, dominábala una fiebre tan grande de impaciencia, ardiendo en deseos de ser tranquilizada, que ni escuchaba ni oía no haciendo más que suplicar.

—¡Oh! ¡Por Dios, doctor, examinadle, vedle y de-

cidnos pronto que eso no es nada... y no puede ser otra cosa porque estaba muy bueno y muy alegre hace un momento... No es nada... ¿no es verdad que no es nada?

—Sin duda, *contessina*, que la cosa no valdrá la pena... Ahora vamos á verlo.

Se volvió y se inclinó profundamente ante el cardenal que volvía desde el fondo del comedor con un paso medurado y pensativo, á colocarse á la cabecera del lecho en la que quedó inmóvil. Sin duda el médico leyó en aquellos ojos sombríos, que le miraban con tenaz insistencia, alguna mortal inquietud, porque sin decir ni una palabra más, se puso á examinar á Darío como hombre que comprende que no debe perderse el tiempo. Y, á medida que adelantaba en su examen, su rostro de afable optimismo iba adquiriendo una gravedad lívida, un terror sordo, que se revelaba únicamente en un ligero temblor de labios. Era él precisamente quien había asistido á monseñor Gallo en el ataque de que éste falleció, un acceso de fiebre infecciosa como diagnosticó en la partida de defunción. Sin duda reconocía los mismos síntomas terribles, la cara de color de plomo, el alelamiento de una pesada embriaguez, y como antiguo médico romano, avezado á las muertes repentinas, sentía pasar el mal aire que mata, que la ciencia no comprendió aun bien, y no sabe si es la pútrida exhalación del Tiber ó el secular veneno de la leyenda.

Levantó otra vez la cabeza y su mirada se cruzó una vez más con la insistente mirada del cardenal que no la separaba de él.

—Confío, señor Giordano, en que no estaréis muy

A  
con c  
netra  
á sali  
lencia  
del st  
In  
quiso  
recon  
cano,  
con u  
sin d  
fluen  
todop  
tamb  
sor m  
Order  
los ca  
de ser  
sus se  
una c  
ble no  
admit  
cucha  
buen  
almas  
se de  
tencia  
no in  
prend  
Aq  
ingent

inquieto. No se trata más que de una mala digestión, ¿no es verdad?

El médico se inclinó por segunda vez. En el ligero temblor de la voz del cardenal, adivinó la cruel ansiedad de aquel hombre poderoso, herido otra vez en la más querida afección de su corazón.

—Vuestra eminencia debe tener razón, se tratará de una mala digestión; solo que, á veces, suelen estos accidentes ser peligrosos cuando se complican con la fiebre... Creo que no necesito decir á su eminencia hasta que punto se puede con mi prudencia y con mi celo.

Se calló un momento para añadir en seguida con su voz clara de hombre práctico en su profesión:

—No hay que perder tiempo, conviene desnudar al príncipe y obrar sin perder ni un momento. Que me dejen un momento sólo; lo prefiero.

No obstante esto, hizo que se quedase á su lado Victorina diciendo que tal vez la necesitaría y que si necesitaba otro ayudante llamaría á Giacomo. Evidentemente su deseo era el de alejar á la familia para estar más libre y no tener delante testigos engorrosos. Y el cardenal, que lo comprendió, se apoderó con dulzura de Benedetta para llevársela él mismo del brazo hasta el comedor á donde les siguieron Pedro y *don* Vigilio.

Cuando se cerraron todas las puertas, reinó el más pesado y triste de los silencios en aquel comedor que el claro sol de invierno iluminaba con una luz y una temperatura deliciosas. La mesa continuaba aun sin quitar, con los cubiertos y platos abandonados, el mantel lleno de migajas, una taza de café medio llena aún y en el centro el cestito de los higos del que habían apartado las hojas, pero sin sacar más que dos ó tres. Delante de la ventana estaba Tata, la cotorra, á la que

habían sacado de la jaula y se paseaba admirada y satisfecha, atravesando un gran haz de rayos amarillos en los que danzaban las moléculas de polvo. Había sin embargo dejado de chillar y de alisarse las plumas de las alas con el pico, chocándola ver entrar tanta gente y mostrándose muy prudente volvía á medias la cabeza, para mejor estudiarlos á todos con su ojo redondo y escrutador.

Pasaron unos minutos interminables en la espera febril de lo que iba á suceder en el fondo de la habitación inmediata. *Don* Vigilio se sentó silenciosamente y aparte de los demás, mientras que Benedetta y Pedro en pie callábanse también, permaneciendo inmóviles. Y el cardenal había reanudado su paseo sin fin, aquel pateamiento instintivo y adormecedor con el que parecía quería engañar su impaciencia, llegar más pronto á la explicación que buscaba de una manera oscura en medio de una desencadenada tempestad de ideas. Mientras que su paso acompasado sonaba con una regularidad maquina, desarrollábase en su ánimo un furor sombrío, una desesperada rebusca del por qué y del cómo, una confusión extraordinaria de los movimientos más extremos y contrarios; pero ya en dos ocasiones distintas, al pasar, habíase fijado su mirada en el desorden de la mesa, como si buscase alguna cosa. ¿Sería aquel café no concluído? ¿Aquel pan cuyas migajas cubrían aún la mesa? ¿Las chuletitas de corde-ro de las que quedaba un hueso? Por último, en el momento en que pasaba contemplándolo todo, sus miradas se fijaron en el cestito de higos y detuvo en seco como si hubiera tenido una revelación repentina. La idea le sobrecogió, se apoderó de él sin saber á qué prueba apelar para que la sospecha repentina se convirtiese en